

máquina eminente del telégrafo; a Cálidas en la altimetría o posesión de las alturas por medio del termómetro y la ebullición; a Flammarión en la teoría de la habitabilidad de los planetas o universos celestes; a Edison en la revolución de sus múltiples descubrimientos; a Marconi en la utilización de las ondas gerenciales para el inalámbrico o sin hilos; a Rogers en el sistema de la radiotelegrafía subterránea y submarina; y por último, que esos rayos de luz, que esa diaphanidad o transparencia de conclusiones, impulsos a la vez de vocación, magia divina o agente oculto de la Providencia, que ha formado sabios con ejemplares de legos o profanos, ha sido y será, mediante la asiduidad o constancia, la predecesora eterna o inseparable compañera de toda empresa nueva, de toda encarnación de progreso, de todo procedimiento constitucional en el prepotente movimiento humano, bullido o germinado siempre por el genio y la inspiración, facultades reproductivas del hombre, unidad de la naturaleza y espejo reflexivo que es en lo moral y material; y aerisolidas esencias o virtudes que siempre guiaron, que nunca abandonaron al marino genovés, al insigne conductor de un mundo como lo fué Moisés de los hebreos o pueblo de Israel, en las grandes vicisitudes que purgaron, en las negras decepciones que a prueba sometieron sus cálculos promisorios del nuevo continente.

En estas vitales condiciones, precursoras, he dicho, de un intelecto ortico en el mañana, y si un eco disonante o triste resuena en el vacío que nuestro ilustre Prelado Monseñor Guiot, simpático titular del claustro, ha formado entre nosotros con su ausencia; una voz de aplauso, para alentar la idea en el camino de la perseverancia, merece el espíritu iniciador que, bajo tan halagüeños auspicios y feliz determinación, ha sabido combinar, para memorar el día, la célebre instalación de las nuevas aulas con el aniversario más glorioso, más perpetuo y palpitante en la historia de la Patria: manifestación ingenua que presento o aplauso efusivo con que al autor saludo, en nombre de la misma honorífica delegación que me acredita, en cumplimiento de ese mandato abrumador que recibí.

Ecos Marianos

Maria ha estado muy oculta en su vida: por esto el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman *Alma Mater*, Madre oculta y escondida.

Compró

Pieles de **CHOYO**, aceite de **SEJE** y de **COPAIBA**.

¡Los mejores precios!

TULIO BURGOS O.

De la necesidad de la caridad

Palabras del Sr. Juanario Rozo A. en el acto de repartirse a los pobres en el Hospital Monfort la cena que hemos narrado en nuestra crónica.

RR. Padres, RR. Hermanas de la Sabiduría, Honorables Señoras, Señores:

Soy el menos llamado a dirigiros la palabra; pero convencido que seréis indulgentes, me presento ante vosotros desprovisto de méritos, pero lleno de entusiasmo por el feliz resultado obtenido en la fiesta de caridad que habéis preparado, como número especial, en el programa de festejos patrios, con que habéis honrado la memoria de los héroes que con su sangre escribieron en el campo inmortal de Boyacá la palabra grandiosa, Libertad.

La Providencia que en sus altas miras ha querido estrechar a los hombres sobre la tierra, con fuertes vínculos que establezcan y fomenten la armonía que debe reinar en la gran familia humana, no ha permitido que sean felices en el aislamiento, ni que encuentren en él los medios de satisfacer sus más urgentes necesidades. Las condiciones indispensables de la existencia los reúnen en todas partes, so pena de perecer en medio de la inclemencia de las estaciones, o del cortejo de enfermedades que cual jauría hambrienta acecha nuestra débil naturaleza; y de ahí, que donde quiera se ve una reunión de seres humanos, desde las más suntuosas poblaciones hasta las humildes cabañas de las tribus salvajes, hay un espíritu de mutua benevolencia, de mutua consideración, de mutuo auxilio.

La benevolencia que une los corazones con los dulces lazos de la amistad y la fraternidad, que establece las relaciones que forman la armonía social, y ennoblecen todos los estímulos que nacen de las diversas condiciones de la vida, y la beneficencia, que asemejando al hombre a su Creador, le inspira todos los sentimientos generosos que llevan el consuelo y la esperanza al seno mismo de la desgracia, es decir, a los Hospitales y casas de beneficencia, he aquí los dos grandes deberes que tenemos para con nuestros semejantes, de los cuales emanan todas las demás prescripciones de la religión y la moral, que tienen por objeto conservar el orden, la paz y la concordia entre los hombres, como los únicos medios que pueden asegurarles la felicidad en su corta mansión sobre la tierra, y sembrarles de virtudes y merecimientos el estrecho camino de la vida futura.

Cuando tenemos la dicha de hacer el bien a nuestros semejantes, cuando respetamos los fueros de la desgracia, cuando enjugamos las lágrimas del desvalido, cuando satisfacemos el hambre, o templamos la sed, o cubrimos la desnudez del

infeliz que llega a nuestras puertas, cuando llevamos el consuelo al oscuro lecho del mendigo, cuando arrancamos una víctima al infortunio, nuestros corazones experimentan siempre un placer tan grande, tan intenso, tan indefinible, que no alcanzarían a explicarlo las más vehementes impresiones del pensamiento.

Y si tan sublimes son estos deberes cuando los ejercemos sin menoscabo de nuestra hacienda, de nuestra tranquilidad, y sin comprometer nuestra existencia, ¿a cuánta altura no se elevará el corazón del hombre que por el bien de sus semejantes arriesga su fortuna, sus comodidades y su vida misma? Esos son los grandes hechos que proclama la historia de todas las naciones y de todos los tiempos, como timbres gloriosos de aquellos héroes sin mancha a quienes consagra el título imperecedero de bienhechores de la humanidad.

Los hombres se regeneran, no tanto por la verdad en lo abstracto, cuanto por la divina inspiración que nace de la bondad y de la simpatía humana. Este es el sello de la Naturaleza que vincula a todo el mundo. Por tal motivo, nos hemos congregado todos, como en apelado haz, a presenciar uno de los espectáculos más grandiosos, como es el de aligerar en parte el fantasma del hambre, a los pobres que se encuentran en este hospital. Este acto ha sido uno de los mejores que habéis podido incluir en nuestro programa, porque así obtendréis misericordia en aquel día final, en que, vorto el sol, quieto el mar, muda la tierra, se marchiten en la sombra todos los ensueños humanos, se extinga en la soledad el último gemido del hombre, se apague en el silencio el rumor de la civilización postrera y empiece a llover el polvo de los astros muertos sobre el polvo de las razas extinguidas.

A manera de un tren que pasa ante la vista con sus pasajeros de diversas clases y de contrarios sentimientos, así cruza la humanidad llevando en primer lugar a los privilegiados de la suerte, a los genios de la pluma y de la espada, a los grandes capitanes y a los profundos filósofos, a los sabios y los santos, a los que empuñan la lira, el cetro o la palma del mártir; en pos de los cuales van los mimados de la fortuna, los Nababs y los Tom-Levis, con sus cálculos certeros y sus combinaciones audaces; y por último, en los vagones postreros las muchedumbres anónimas, arracimadas, dolientes, unas corrotas por el odio y el deseo de venganza, sostenidas otras por la fé, alentadas por místicas esperanzas de hallar al término del viaje los eternos consuelos y las supremas compensaciones.

Pero como la inmensa profundidad del océano, así también es la misericordia del Hacedor del mundo, y en un arranque de bondad infinita conociendo desde el principio de